

Capítulo 2

El legado misionero de Juan A. Mackay

La significación sin par del legado misionero de Juan A. Mackay se puede medir por la marca profunda que su vida dejó en el mundo y en la Iglesia durante este siglo. Cuando Mackay falleció en 1983, el conocido historiador y crítico literario Luis Alberto Sánchez, quien era entonces Vicepresidente del Perú, hizo un resumen de su vida y el impacto que había tenido sobre la cultura latinoamericana. Sánchez sostuvo que Mackay había sido "uno de los más altos acreedores del Perú y de América Latina" y destacó su labor como educador al fundar "el Colegio Anglo Peruano, hoy San Andrés, uno de los centros de cultura y de educación más sólidos, austeros y democráticos del Perú." Refiriéndose al libro de Mackay *El otro Cristo español*, Sánchez afirmaba que "es un libro fundamental para apreciar la civilización latinoamericana." Terminaba su crónica emocionado: "Lo despedimos quienes le conocemos y respetamos con indisimulable emoción, con incurable y definitiva nostalgia."¹ Podemos agregar a estas razones la significativa amistad e influencia que tuvo Mackay con dos gigantes de la historia política latinoamericana: José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre, a quienes conoció cuando empezaban su carrera literaria y política.² En muchos de los libros de la biblioteca de Mackay en Princeton las dedicatorias personales de autores latinoamericanos de todos los colores políticos —cristianos y no creyentes por igual— expresan afecto y reconocimiento de la influencia que ejerció sobre ellos.

En el servicio de honras fúnebres realizado en la Capilla Miller del Seminario de Princeton, William Felmeth, vicepresidente honorario de la institución, resumió la significación de la obra de Mackay al servicio de la Iglesia universal describiéndolo como "uno de los grandes pioneros del movimiento ecuménico cristiano."³ Una simple ojeada a los hitos principales de la carrera de Mackay muestra cómo estuvo entrelazada con los grandes momentos de la historia misionera y ecuménica de nuestro siglo. Los escritos de teólogos ecuménicos de América Latina como Emilio Castro y José Míguez Bonino, y los de teólogos evangélicos como René Padilla y Pedro Arana muestran la

influencia de Mackay. Mackay fue en América Latina el pionero de un tipo creativo de evangelización para alcanzar a las élites paganizadas, y especialmente a los estudiantes universitarios, con el Evangelio. Mackay forjó muchos documentos que son hoy puntos de referencia para la historia de la Iglesia en nuestro siglo, y creó metáforas y aforismos que son parte de la herencia teológica de la Iglesia universal. Su vida y su carrera constituyeron una amalgama única de lo mejor del movimiento evangélico y del movimiento ecuménico en el protestantismo de nuestro siglo.

Etapas de una vida misionera

La personalidad de Mackay tuvo mucha influencia sobre otras personas, aun antes de que comunicara sus ideas. Sus estudiantes y colegas en el Perú, al comienzo de su carrera misionera entre 1916 y 1924, dan testimonio del impacto que la presencia del misionero escocés tuvo sobre sus vidas, y en ello coinciden con aquellas personas que compartieron con él su vida de jubilado, en el tranquilo retiro de Meadow Lakes en New Jersey, donde pasó sus postreros años. Sánchez recordaba:

Mackay fue tan limpio y puro como su figura física: alto, delgado, ligeramente inclinado hacia adelante como para escuchar, la voz dulce, los ojos claros y apacibles, las manos ágiles, la tez blanca, ligeramente rosada, anguloso el rostro, tácito el paso, conjunto de maestro y sembrador de ideas.⁴

Y el Rev. James K. Morse, que fue pastor de los esposos Mackay en Meadow Lakes, evoca la piedad emocionada del Mackay, anciano ya, cuidando de su esposa ciega y concluye: "Yo he visto a Dios entrando en nuestra condición humana por medio de Juan Mackay".⁵ Los escritos de Mackay sobre sus héroes Unamuno, Mott y Speer expresan su convicción de que una vida puede ejercer un poder formativo tremendo sobre otras vidas. Se puede percibir al estudiarlo que él modeló su propia vida de acuerdo a esa convicción. No es difícil reconstruir la biografía de Mackay con una comprensión clara de sus momentos decisivos porque en varias ocasiones en el curso de su larga carrera, como él mismo lo decía, "había ascendido al balcón del recuerdo...y con ánimo retrospectivo había descrito el camino recorrido inter-pretando las cosas aprendidas a lo largo de su marcha."⁶ El vasto repertorio de sus experiencias de vida puede agruparse en cinco etapas claramente delimitadas por ciertos hitos.

Niñez y temprana juventud en Escocia (1889-1906)

John Alexander Mackay nació el 19 de mayo de 1889 en Inverness, Escocia, en el hogar de Duncan e Isabella Mackay. Las memorias de su niñez más temprana le recuerdan el paisaje escocés "con los brazos de mar tras cuyas orillas se divisan las montañas", y también la vida de su hogar centrada alrededor de la lectura de la Biblia y la oración familiar con las cuales el día empezaba y terminaba.⁷ Los Mackay eran miembros de la *Free Presbyterian Church* y en sus escritos de años más tarde, Juan iba a recordar más de una vez la piedad y devoción de esa comunidad, pero también su visión provinciana estrecha y casi sectaria. Sin embargo, nunca olvidó que entre su membresía había hombres y mujeres como sus propios padres que eran "piadosos cristianos en el más profundo sentido", y que "en un servicio de comunión celebrado en una montaña, auspiciado por esta denominación, Jesucristo le habló a mi corazón de niño y yo me hice suyo para siempre."⁸ Esa experiencia de conversión de 1903 iba a marcar su vida tan profundamente, que ya como octogenario en 1970 la recordaba con claridad:

Experimenté un cambio revolucionario de actitud hacia Dios, hacia mí mismo y hacia los demás. Súbitamente me descubrí como un ser nuevo...Los momentos de éxtasis no fueron raros en aquellos primeros meses. En escaladas solitarias entre las montañas escocesas yo conversaba con Dios. Jesucristo llegó a ser el centro de mi vida.⁹

Vida estudiantil y capacitación para la misión (1906-1916)

Después de sus estudios primarios, la Real Academia de su ciudad natal fue el lugar donde Mackay se preparó para su ingreso a la Universidad de Aberdeen en 1907. Allí estudió filosofía, actuó en diversos grupos estudiantiles, y descubrió su vocación misionera. En 1910 la visita del famoso líder misionero norteamericano Robert E. Speer a la Universidad de Aberdeen tuvo un impacto notable sobre Mackay. Este al recordar la ocasión muchos años después escribió: "Cuando lo ví y escuché, sentí que nunca en mi vida había conocido un orador más extraordinario."¹⁰ La vocación misionera de Mackay se aclaró y definió como resultado de su amistad con Jane Logan Wells, una estudiante de pedagogía en la Facultad de Educación de la Universidad, y que posteriormente llegó a ser su esposa y compañera de andanzas misioneras. Mackay obtuvo su Maestría en Letras en 1912, y al siguiente verano salió rumbo a los Estados Unidos, a fin de estudiar

teología en el famoso Seminario de Princeton. Aquí llegó a ser militante del Movimiento Estudiantil de Voluntarios, un movimiento que había surgido espontáneamente entre los universitarios norteamericanos para desafiarlos a embarcarse en la misión cristiana en otras partes del mundo. Dentro de él se realizaban conferencias, y en una de ellas en la primavera de 1913, Mackay llegó a conocer, según sus propias palabras, a "tres hombres que llegaron a ser los héroes de toda una generación de estudiantes, como lo fueron para mí mismo: John R. Mott, Robert E. Speer y Samuel M. Zwemer"¹¹ La amistad que así se formó iba a ser decisiva para la historia de la Iglesia en nuestro siglo.

Mackay se graduó de Princeton en 1915 y de inmediato se dirigió a América Latina a fin de realizar un viaje misionero exploratorio para la Iglesia Libre de Escocia.¹² De aquí le vino la convicción de que el Perú iba a ser el país al cual se dirigiría como misionero. Siguiendo el consejo del famoso teólogo evangélico B.B. Warfield, uno de sus profesores en Princeton,¹³ Mackay pasó el año académico 1915-1916 en Madrid, donde estudió castellano en forma intensiva y vivió en la "Residencia de Estudiantes", por entonces un verdadero centro de fermento intelectual. Durante las vacaciones de Navidad de ese año Mackay visitó Salamanca, donde conoció a don Miguel de Unamuno, el célebre pensador y filósofo cristiano quien iba a ejercer una profunda influencia sobre la visión misionera de Mackay y su postura teológica.¹⁴ Resumiendo su peregrinaje estudiantil de estos años Mackay escribió: "En mi movimiento de un centro académico a otro había una preocupación medular con lo que yo consideraba el llamado que Dios me hacía a una vida misionera. Busqué la preparación intelectual que me pareció más adecuada a fin de equiparme para el servicio misionero efectivo."¹⁵

Servicio misionero en América Latina (1916-1932)

Mackay se casó con Jane en Agosto de 1916. Refiriéndose a su relación con ella, una vez la resumió así: "Eramos uno solo, tanto en nuestro compromiso evangélico como en nuestra experiencia religiosa y en el deseo de consagrarnos a la actividad misionera."¹⁶ Después de algunas semanas de visitas a iglesias locales para promover interés en el nuevo campo misionero que iba a abrir la Iglesia Libre de Escocia, los Mackay se embarcaron para Sudamérica, y llegaron a Lima, la capital del Perú, el 21 de noviembre de ese año de 1916. Como resultado de su viaje exploratorio Mackay se había convencido de que no estaba entrando al Perú como "un intruso indeseable", y que "había una esfera inmensa y única para los trabajos misioneros de la Iglesia Libre de Escocia."¹⁷ Con la ayuda de su esposa Jane se hicieron cargo de una

escuelita que la Misión al Perú Interior había estado a punto de abandonar. Se entregaron con todas sus fuerzas a la tarea de convertir esa escuela en una institución educativa modelo. Quienes se han dedicado a estudiar el impacto del Colegio Anglo Peruano, hoy San Andrés, sobre la vida peruana creen que los Mackay tuvieron éxito en sus esfuerzos.¹⁸ Conocedor de las condiciones sociales del Perú, Mackay adoptó medidas financieras y educativas que le permitieron, como él decía, "afectar a la comunidad en todos los niveles de su estructura social que fuese posible."¹⁹ Durante su estancia en el Perú nacieron tres de los hijos de la familia Mackay: Isabel Elizabeth, Duncan Alexander Duff y Ruth. La otra hija, Elena Florencia, nació en Escocia.

Para encarnar mejor en la realidad peruana, Mackay ingresó a la Universidad de San Marcos y se dedicó a participar activamente en la vida cultural de Lima. De esa forma consiguió atraer como profesores para su Colegio a un grupo brillante de intelectuales y universitarios jóvenes, de los que constituyeron lo que los historiadores llaman "la generación del Centenario" porque llegaron a la mayoría de edad en 1921, al cumplirse cien años de vida independiente del Perú. Eran como dice Sánchez "jóvenes que tenían ideas liberales, que eran capaces de entender que el mundo estaba mirando hacia un nuevo camino en el cual cupiesen todas las opiniones."²⁰ Mackay ejerció sobre algunos de ellos la influencia transformadora de su persona. Para 1918 obtuvo su doctorado en la Universidad de San Marcos, donde al cabo de un tiempo se le pidió ocupar la cátedra de Metafísica. Sánchez recuerda que

era uno de los profesores más queridos. A sus clases no se faltaba ni tampoco pasaba lista, no era necesario. Era el profesor por excelencia a quien se consulta después de clase, eso que tantos profesores quisiéramos, que terminada la clase haya gente que todavía no quiere separarse de uno...²¹

Durante esa década dos movimientos históricos llegaron a ser fuentes de fermento espiritual y político: la Revolución Mexicana de 1910, y el movimiento de Reforma Universitaria originado en Córdoba, Argentina en 1918. Mackay percibió la significación de estos fenómenos socio-políticos y se convirtió en un intérprete acucioso de ambos.²² Dentro de la ola de inquietud juvenil que estos movimientos expresaban, Mackay llevó a cabo su ministerio de evangelización estableciendo contactos y exponiendo su mensaje cristiano, especialmente en las universidades. Fue así como llegó a ejercer una decisiva influencia espiritual sobre el joven Víctor Raul Haya de la Torre, presidente de la Federación de Estudiantes de San Marcos, y también

profesor en el Colegio Anglo-Peruano. Con el tiempo Haya fundó la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), un movimiento que marcó la vida política latinoamericana hasta la década de los ochenta.²³ En mayo de 1923 Haya de la Torre dirigió una manifestación masiva de estudiantes y obreros, de protesta contra el esfuerzo del Presidente Augusto B. Leguía de recuperar popularidad consagrando al Perú a una imagen de bronce del Sagrado Corazón de Jesús. El objetivo se cumplió, pero la policía secreta empezó a perseguir a Haya, quien se refugió en el internado del Colegio Anglo Peruano, hasta que unos meses después, durante una de sus escapadas de agitación política, la policía lo capturó en octubre de 1983.²⁴

En 1925 Mackay tuvo otro encuentro con Robert E. Speer, quien asistía al "Congreso de Obra Cristiana en Sudamérica", en Montevideo, Uruguay. Los viajes de Mackay por el continente le habían dado una nueva visión y decidió dejar su floreciente obra educativa en Lima a fin de dedicarse a un trabajo de evangelización de universitarios por toda América Latina, bajo los auspicios de la Asociación Cristiana de Jóvenes (YMCA). Mudó su residencia a Montevideo en 1926 y pasó luego a residir en México. El historiador Latourette dice que "durante poco más de seis años Mackay viajó y dio conferencias no sólo en Sudamérica sino también en México, y causó una impresión profunda sobre sus auditorios entre la gente educada de estos países. Pasaba dos o tres meses al año dando conferencias y dedicaba el resto del tiempo a escribir, a enseñar en la Escuela de Capacitación de la Asociación, y al trabajo en la oficina de la misma en Buenos Aires."²⁵ Dos libros que Mackay escribió en castellano durante este período son el resultado de ese trabajo de conferencista y evangelizador: *El sentido de la vida y ...Mas yo os digo* y ambos se han seguido publicando y leyendo.²⁶ Cuando Mackay participó en la reunión del Consejo Misionero Internacional en Jerusalén (1928), fue sobre la base de estos años de experiencia misionera que pudo hablar de manera convincente sobre "El deber evangelizador del Cristianismo", y "El poder del evangelismo en América Latina".²⁷ Estos temas se volvieron la nota distintiva de la contribución de Mackay al movimiento ecuménico: el imperativo de la evangelización para la Iglesia, y la legitimidad del trabajo misionero evangélico en América Latina.

En 1929, la familia Mackay pasó un año de licencia en Europa y Mackay pudo visitar de nuevo a Unamuno, que estaba entonces desterrado en Hendaya, cerca de la frontera entre España y Francia. De allí fue a Bonn, donde pasó cuatro meses y llegó a ser amigo personal y el primer profesor de inglés del teólogo Karl Barth. Este gigante teológico tuvo una influencia decisiva sobre Mackay, especialmente

cuando éste decidió dejar el trabajo con una entidad paraeclesialística como la Asociación para entrar en una nueva esfera de servicio directamente vinculada a la Iglesia. Confiesa que para él decidirse fue como una verdadera lucha agónica, y recuerda: "Cuando tomé finalmente la decisión lo que influyó sobre mi fue el lugar destacado que la Iglesia y el trabajo en una congregación local habían tenido sobre el pensamiento de Karl Barth."²⁸ Fue así como en 1932 Mackay dejó México y aceptó la invitación a ser Secretario para América Latina en la Junta de Misiones Extranjeras de la Iglesia Presbiteriana de los Estados Unidos.

Servicio misionero activo desde Norteamérica (1932-1959)

Se había abierto una esfera más amplia de influencia para la pasión misionera de Mackay. Una parte importante de su nuevo trabajo era la tarea educativa de propiciar el interés de congregaciones y personas en la tarea misionera. Algunos de sus sueños literarios no pudieron cumplirse debido a que su nueva posición implicaba, como el dijo, "una transición violenta de la libertad literaria a la responsabilidad administrativa".²⁹ Pese a ello en 1932 publicó el más famoso de sus libros, *El otro Cristo español*, un esfuerzo por interpretar la realidad espiritual de las naciones ibéricas e iberoamericanas.³⁰ Varios observadores reconocen que todavía no ha aparecido un libro global de la misma envergadura escrito por algún evangélico latinoamericano.

En 1936 de nuevo Robert Speer influyó sobre la carrera de Mackay al animarlo a aceptar una invitación urgente para ejercer la Presidencia del Seminario Teológico de Princeton, y ser también profesor de Misiones e Historia de las Religiones. Un amigo metodista convenció a Mackay de que "un seminario teológico podía ser también campo misionero", y que por ello la aceptación de un nuevo puesto "no representaba el fin de su vocación misionera."³¹ La famosa institución que era el *Alma Mater* de Mackay había sufrido profundas divisiones debido a encarnizadas batallas teológicas, y entre los presbiterianos con los cuales estaba vinculada, la situación había llegado a tal punto que según un historiador "se necesitaba una alternativa para avanzar más allá tanto del fundamentalismo como del modernismo."³² Mackay se dedicó a trabajar para conseguir "la restauración de la teología", dándole de nuevo a la Biblia un lugar central como Palabra autoritativa de Dios, y al mismo tiempo insistiendo en que la tarea teológica debía tener una intención y una dirección misionera.³³

La revista *Theology Today*, que Mackay fundó en 1944, llegó a ser un factor clave en el impulso hacia lo que se suele conocer en Norteamérica y Europa como el "movimiento de teología bíblica". En una de sus páginas Mackay escribió:

La Biblia es más que un depósito de grandes valores literarios o religiosidad elevada, más que la fuente de verdad revelada; es sobre todo el medio supremo del trato entre Dios y el ser humano. Esta manera de ver la Biblia está más cerca de la tradición cristiana original, y es la que representa lo mejor del Protestantismo...Aquí (en la Biblia) Dios habla directamente a los seres humanos hoy en día, en medio de la complejidad de sus necesidades, y en todas las fases y aberraciones de la condición humana.³⁴

Algunas de las convicciones claves de Mackay que fueron formulándose en esta etapa de su vida, quedaron plasmadas en tres libros que según él mismo constituyen "una trilogía que no surgió intencionalmente".³⁵ Su mensaje puede resumirse en tres frases de Mackay que se hicieron célebres en círculos teológicos. El mensaje de su *Prefacio a la teología cristiana* (original en inglés 1941) fue: "Deja el balcón y lánzate al camino"; el de *Heritage and Destiny* (1943) se resumía en la frase: "El camino hacia el mañana pasa por el ayer", y el de *Christianity on the Frontier* (1950) era un desafío: "Toma el camino que lleva a la frontera."³⁶

Bajo la dirección de Mackay en Princeton se comenzó un programa doctoral en 1940 y un instituto de teología para ofrecer educación continuada en 1942. Se construyeron instalaciones como el "Centro Estudiantil", que fueron expresión de una filosofía educativa que correspondía a la teología de Mackay.³⁷ En una tesis doctoral sobre el maestro escocés, Pedro Cintrón llega a la conclusión de que "como Presidente del Seminario de Princeton, Mackay puso fin a un viejo orden de rigidez teológica e inauguró una era de dinamismo y progreso en todos los aspectos de la vida de esa institución teológica."³⁸ Muchas personas que se graduaron de Princeton en aquellos años recuerdan también el toque personal de las relaciones de Mackay con sus estudiantes, y la cooperación eficiente y esforzada de su esposa Jane, quien mantuvo siempre las puertas de su hogar abiertas a estudiantes, profesores y personal administrativo y de servicio.

Durante este período Mackay participó en el desarrollo del movimiento ecuménico, al servicio del cual puso sus singulares talentos administrativos y diplomáticos. Tratando siempre de incorporar en dicho movimiento el fuego de su propio celo evangélico, Mackay demostró un alto respeto por el orden propio de la vida de la Iglesia,

conciencia histórica y sentido estratégico. Su participación como Presidente de la Comisión 5 en la famosa "Conferencia sobre Iglesia, Comunidad y Estado" (Oxford, 1937) fue la ocasión en que acuñó una frase que se hizo famosa: "Que la Iglesia sea la Iglesia." Entre 1947 y 1957 fue Presidente Honorario del Consejo Misionero Internacional, y como tal presidió las asambleas de Whitby (1947), Willingen (1952) y Ghana (1957). Tomó parte activa en la preparación de la famosa asamblea de Amsterdam 1948, en la cual se fundó el Consejo Mundial de Iglesias (CMI). Allí pronunció el discurso inaugural: "El legado misionero a la Iglesia Universal". El meollo de su mensaje fue que el movimiento ecuménico debería permanecer fiel a sus orígenes en el movimiento misionero, y que la Iglesia cristiana, para ser fiel a sus principios, tenía que ser una comunidad misionera al mismo tiempo que una comunidad de adoración a Dios. Luego de la formación del CMI sirvió como miembro de su Comité Central desde 1948 hasta 1957. Participó también en la formación del Consejo Federal, luego Consejo Nacional de Iglesias Cristianas de los Estados Unidos. Desde el terreno de la praxis como servidor entusiasta de la Iglesia a nivel global surge su manera creativa de leer e interpretar las Escrituras, que se advierte especialmente en su Comentario a la Epístola a los Efesios, *El orden de Dios y desorden del hombre*.³⁹ A esta época pertenece también una serie de conferencias que presentó en Austin, Texas (1952), y luego en la "Cátedra Carnahan" de la Facultad de Teología de Buenos Aires (1953). Su texto en inglés demoró quince años en publicarse,⁴⁰ y apareció en castellano con el título *Realidad e idolatría en el Cristianismo contemporáneo*.⁴¹

Mackay también realizó actividades en servicio de su propia denominación. En 1954 fue elegido Presidente de la Alianza Presbiteriana Mundial y viajó extensamente por los países latinos y del Este de Europa, y por América Latina. Interpretó la herencia presbiteriana para nuestra época y al mismo tiempo interpretó la realidad de las iglesias protestantes de otras regiones para el público norteamericano. Su libro *El sentido presbiteriano de la vida* refleja lo que refiriéndose a sí mismo él llama "la personificación de una paradoja", que describe de esta manera:

Por una parte hoy me considero un presbiteriano más convencido y fiel como nunca antes lo había sido. Por otra parte he dejado de ser un presbiteriano absolutista y sectarista como en ningún otro tiempo en mi vida.⁴²

Durante una época de maniqueísmo anti-comunista, en que el tristemente célebre senador Joseph McCarthy estableció una verdadera

inquisición ideológica, Mackay era Moderador de la Asamblea General de la Iglesia Presbiteriana de los Estados Unidos. Fue entonces que escribió una famosa "Carta" que la Iglesia adoptó como propia en su 166a. Asamblea. Esta "Carta a los presbiterianos respecto a la situación actual en nuestro país y en el mundo" tiene como nota distintiva la marca del estilo profético de Mackay, y fue un rayo de luz y esperanza en aquellos siniestros momentos. Cuando se jubiló como Presidente de Princeton en 1959, Mackay había cumplido los setenta años.

El maestro en la plenitud de su madurez (1960-1983)

Luego de jubilarse Mackay continuó enseñando y en 1961 fue nombrado Profesor Adjunto de Pensamiento Hispánico en la Universidad Americana de Washington. Regresó al amor de su juventud por lo hispánico.⁴³ En la agitada década de los sesenta la explosión de una revolución social que se anunciaba desde mucho antes vino a ser simbolizada por el triunfo de Fidel Castro. Mackay continuó la tarea que ya había empezado en *El otro Cristo español* y trató de continuar su tarea de intérprete cuidadoso de la explosiva situación social latinoamericana. Luego de visitar Cuba escribió dos artículos en 1964 y 1965, para la revista *The Christian Century*, los cuales fueron objeto de aguda controversia.⁴⁴ En su interpretación de América Latina, Mackay mantuvo su convicción evangélica pero manifestó también una aguda sensibilidad hacia la realidad socio-política. Asimismo en estos años trató de sistematizar una reflexión sobre varios de los temas a los que había dedicado atención durante sus largos años de trabajo misionero. Este esfuerzo está plasmado en su libro *Ecumenics: the Science of the Church Universal*. La intención de este amplio estudio abarcaba "todo lo que concierne a la naturaleza, funciones, relaciones y estrategia de la Iglesia Universal, cuando se la concibe como una comunidad misionera."⁴⁵

Aunque ya en plena madurez este maestro se mantuvo siempre en actitud de apertura. Así sucedió en lo relativo a los cambios que se estaban operando en el seno del catolicismo romano. Mackay había sido un centinela alerta, luchando siempre a favor de la libertad religiosa en América Latina, contra las medidas restrictivas del catolicismo conservador. Para un hombre así resultó una oportunidad singular y decisiva la que se presentó cuando el Programa Católico de Cooperación Interamericana (CICOP) lo invitó a presentar una ponencia en su conferencia de 1967, acerca del tema "Perspectivas históricas sobre el protes-tantismo" en América Latina.⁴⁶ En esa ponencia Mackay

dio la bienvenida a las señales de cambio que se estaban dando en Roma, pero también expresó su regocijo en hechos y movimientos tan variados como el crecimiento pentecostal, la obra del Instituto Lingüístico de Verano y el movimiento Iglesia y Sociedad en América Latina (ISAL), uno de los antecedentes de las teologías de la liberación. Su enseñanza y actividad periodística continuaron aun después de haberse mudado con su esposa a un tranquilo lugar de retiro para ancianos en Meadow Lakes, New Jersey. Allí lo encontró el momento de pasar a la presencia de su Señor, el 9 de junio de 1983.

El fundamento teológico de la acción misionera

En sus abundantes escritos como teólogo y periodista Mackay iluminaba los hechos de la vida diaria con la luz de la verdad bíblica. "Relacionándose con las realidades de la vida —decía Mackay— para las muchedumbres agitadas, para quienes viven inmersos en la diaria lucha por la vida, y para los viajeros y peregrinos en su marcha constante, la teología debe reinterpretar el sentido de su existencia y la esperanza de su salvación."⁴⁷ Sus escritos comunican una sensación de movimiento y avance, y sus libros tienen una estructura clara y lógica, porque Mackay hizo lo que proponía su maestro Miguel de Unamuno: se casó con unas pocas ideas básicas y convivió con ellas, a fin de procrear una rica reflexión teológica. En uno de sus últimos escritos autobiográficos Mackay evocaba las "grandes realidades" que él sentía que "habían dado forma a su pensamiento y su vida a lo largo de sus años". A saber: *la realidad de Dios como presencia soberana y amorosa, y la aproximación encarnacional a la situación humana*.⁴⁸ Estas fueron la fuente de su estilo misionero y el meollo de su legado a las generaciones futuras.

La reflexión teológica de Mackay siempre se mantuvo atenta al torbellino de las corrientes teológicas de nuestro siglo y fue movida por un impulso misionero lanzado siempre hacia el futuro. Su discurso, sin embargo, conservó de su raíz Reformada un sentido de maravilla, solemnidad y devoción cuando se refería a Dios. El lema de su escuela en Aberdeen fue el que Mackay adoptó para el Colegio Anglo-Peruano en Lima: *Initium Sapientiae Timor Domini* (Pr. 1.7). Ese temor de Dios fue el principio de su sabiduría. Para él cuando la teología era fiel a su sentido esencial, venía a ser

una doctrina acerca de Dios que se empieza y se prosigue a la luz de Dios mismo. El Dios soberano cuyo propósito redentor constituye el hilo rojo que recorre toda la Sagrada Escritura, cuyo Hijo es el

Salvador y Señor de la vida y cuya iglesia es la verdadera portadora de la historia.⁴⁹

Su teología era decididamente trinitaria y soteriológica.

La teología de Mackay estaba íntimamente relacionada con su experiencia espiritual, porque para él más que una abstracción o una teoría,

el meollo de la realidad es un encuentro concreto y creativo entre Dios y el ser humano...un encuentro en el cual Dios toma la iniciativa y que deviene para el ser humano una experiencia transformadora que cambia su vida, ilumina su pensamiento y moldea su destino.⁵⁰

Mackay cultivaba el encuentro con Dios en la mejor tradición de la vida de piedad evangélica. A una de las promociones que se graduaba de Princeton les dedicó estas palabras:

Hagan de la Biblia su compañera más cercana entre lo que hay escrito, el medio principal de su comunión con Dios y su conocimiento de Dios ... Permitan que el Libro de los libros continúe abriendo para ustedes el esplendor del propósito de Dios en su Hijo.⁵¹

El ya citado James K. Morse, pastor de Mackay en sus años de jubilación, nos dice que en esos días crepusculares llegó a conocer el secreto de la grandeza de Mackay:

El secreto de este hombre era la oración. Oración. Cuando él oraba las ventanas del cielo se abrían. El sonido de lo divino se escuchaba con claridad. Cada mañana hacía el esfuerzo de caminar hasta nuestro centro médico en Meadow Lakes y se sentaba a los pies del lecho de su amada esposa Jane. Allí él leía entonces la Palabra de Dios en voz alta, y se entregaban juntos a la oración.⁵²

Esa vida de piedad rodeó y sostuvo también la actividad ecuménica y misiológica de toda una generación. En 1955 Mackay recordaba con un sentido de privilegio que John R. Mott lo había elegido

como miembro de un pequeño círculo de oración al cual él mismo pertenecía, un grupo de doce amigos que se encontraban una vez al año para pasar juntos un "día tranquilo de meditación y oración", y que se mantenían vinculados mensualmente haciendo circular notas para la oración.⁵³

Lecciones de un estilo misionero

Para Mackay la vida misionera tenía que ser una vida cristocéntrica. Muchas veces citó el lema del gran misionero español Raimundo Lulio: "Tengo una pasión en la vida y es Cristo". Para el maestro escocés la marca de grandeza de sus héroes Mott y Speer era que podían ser considerados como personas cristocéntricas. Mackay explicó muchas veces la combinación de teología y entrega personal que ese cristocentrismo significaba:

Capté de San Pablo en su carta a los Efesios una visión de Cristo como el centro y el significado de todas las cosas. Al ir peregrinando de país en país y de puesto en puesto, mi fe en Cristo como Salvador y Señor de la vida no ha vacilado un solo momento. En sus relaciones históricas y cósmicas él ha sido quien ha alumbrado todo lo que veo y mi compañero de camino.⁵⁴

Esta relación con Jesucristo trae aparejado también un llamado imperativo a la acción misionera:

Jesucristo, el Salvador del mundo, llama a toda su Iglesia a la acción misionera. El envía a su Iglesia a ir en el Espíritu de su amor a todos los seres humanos para socorrerlos en su necesidad física. El manda a su Iglesia a que traigan a todos los seres humanos a El que es la vida para su redención espiritual.⁵⁵

Tomando en cuenta el fundamento de este Cristocentrismo podemos comprender mejor lo que Mackay llamó su aproximación encarnacional a la tarea misionera.

Estilo encarnacional y sensibilidad cultural. Es sorprendente cuántos latinoamericanos llegaron a considerar a Mackay como uno de ellos mismos. En preparación para su servicio misionero en el Perú había estudiado a conciencia el idioma, y Sánchez observa: "Venía de España, en donde había aprendido un magnífico castellano, con una fonética que nosotros no usamos, y que además pronunciaba las elles y las zetas..."⁵⁶ Antes de presentar el Evangelio a la juventud latinoamericana y conforme lo hacía se esforzó en comprender el alma ibérica, como es evidente en su libro *El otro Cristo español*, que ha llegado a ser un clásico de la historia espiritual del continente. Mackay formuló su estilo encarnacional en un principio muy claro:

la palabra evangélica debe hacerse carne autóctona. La persona que representa a Cristo y procura comunicar el Evangelio de Cristo ... debe identificarse de la manera más cercana posible con su ambiente humano.⁵⁷

Siempre con esa sensibilidad, al mudarse a América del Norte, desde su atalaya en Princeton Mackay mantuvo una mirada atenta sobre el mundo ibérico, pero también sobre Asia y Europa. Se esforzó cuanto pudo en ser un intérprete misionero bien informado de lo que era el mundo de otras latitudes, para sus auditorios norteamericanos. Esto iba a costarle mucho dolor y sufrimiento en los días oscuros del Macartismo. Cuando Mackay pidió que se tratase con justicia y juego limpio a la China de Mao y se dialogase con ella, y más adelante cuando trató de proveer elementos de comprensión para la situación de la Cuba revolucionaria, tuvo que aguantar los ataques despiadados de aquellos que habían hecho del anticomunismo su nuevo ídolo, como él mismo denunció.⁵⁸ En este punto estaba en la noble sucesión de tantos verdaderos misioneros que se hicieron intérpretes de realidades extranjeras para su propio pueblo, manteniendo así una autocrítica profética aun a costa del rechazo y la incompreensión.

Un sentido de la historia y la estrategia. La perspectiva de Mackay estaba iluminada por esa profunda conciencia de momentos y movimientos decisivos, que sólo es posible comprender dentro del marco del *kairos* divino en la historia.⁵⁹ Su visión estratégica se nutría de esta percepción singular. Cuando llegó al Perú se dio cuenta que la inquietud de los estudiantes universitarios era un signo de los tiempos, la señal de que emergía un nuevo momento histórico en el cual los jóvenes iban a ser figuras protagónicas.⁶⁰ El marasmo de un orden feudal agonizante iba a ser sacudido por una generación influenciada por el socialismo y el anarquismo. En la búsqueda de justicia en que esta juventud estaba embarcada, Mackay detectó una búsqueda espiritual más profunda, y quiso conectar con ella su acción misionera, por medio de un evan-gelismo creador.

Sus próximas transiciones hacia la administración misionera y la educación teológica fueron también mudanzas estratégicas. Vio lo oportuno que era trabajar para dar un sentido renovado de misión y comunidad a la tarea teológica en su *Alma Mater*. Quiso corregir lo que describió como "la raíz de la debilidad del cristianismo popular de los Estados Unidos...es decir su carácter no-teológico, su virtual desdén por la teología, su preocupación suprema y exclusiva con las así llamadas cuestiones prácticas."⁶¹ Años más tarde explicó como la creación de la revista *Theology Today*, los esfuerzos por construir nuevas instalaciones y aun el horario de las comidas en su hogar de Presidente del Seminario, habían estado determinados dentro del marco de esa visión estratégica.⁶² Los escritos de Mackay acerca de la Segunda Guerra Mundial en la década del cuarenta⁶³ y contra la guerra de Vietnam dos

décadas más tarde,⁶⁴ brotaron también de este sentido estratégico del momento histórico.

Una postura evangélica y contextual. Como se ha visto, la nota Evangélica era clara y definida en la práctica misionera y la teología de Mackay. Tenía de hecho una perspectiva protestante, pero observaba con gran preocupación el crecimiento de lo que él llamaba "nominalismo religioso e ignorancia teológica" que se habían vuelto característicos de las tradiciones protestante, católica y ortodoxa, en las cuales "las apariencias habían reem-plazado a la realidad."⁶⁵ Por otra parte para él "hay que recalcar que el protestantismo todavía no ha alcanzado su mayoría de edad religiosa, ni ha cumplido a plenitud su misión histórica. Está todavía en proceso de llegar a ser; su momento óptimo no está atrás sino en el futuro."⁶⁶

Al expresarse en los grandes encuentros ecuménicos, desde el trasfondo de su inmersión encarnacional en la realidad latino-americana, Mackay abrió el camino para el reconocimiento del derecho que tenía el protestantismo a existir como minoría religiosa en países nominalmente católicos. Cuando pasó a vivir en Norteamérica continuó siendo un defensor de ese tipo de presencia evangélica en América Latina y Europa Latina. Su visión ecuménica estaba abierta a los nuevos desarrollos que se daban en el catolicismo romano, pero también firme en la convicción de que la Iglesia Católica Romana sostenía presupuestos eclesiológicos que resultaban inaceptables, y que "ninguna postura condes-cendiente o evasiva" debería ocultar las diferencias. Sin embargo, él mismo escribió que teniendo en cuenta el señorío de Jesucristo, "Hay que dejar que el diálogo y las relaciones amistosas, en el espíritu de Cristo, y bajo la dirección del Espíritu Santo continúe actuando entre católicos y protestantes."⁶⁷

Un ecumenismo misionero. Para Mackay era muy significativo el hecho de que en nuestro siglo nos toca vivir en "la era ecuménica". Ello lo impulsó a invertir tiempo y energías en las grandes conferencias ecuménicas, muchos de cuyos documentos reflejan la mano y el estilo de Mackay. Desde 1948 mantuvo su insistencia en la necesidad de que el ecumenismo permaneciese fiel a la visión misionera, porque las raíces del movimiento ecuménico eran precisamente misioneras. En su discurso programático de Amsterdam en 1948, dijo que

La comunión evangélica en el campo misionero precedió a la comunión eclesiástica en el santuario de nuestros países de origen. Las iglesias cristianas que tomaron en serio su obligación misionera y cruzaron las fronteras de las tierras no-cristianas empezaron también a trascender las barreras que los habían dividido en sus propios países de origen.⁶⁸

Mackay lamentó mucho la tendencia a convertir a la unidad institucional y estructural en el ideal ecuménico, a expensas del fervor misionero, y afirmó que "la búsqueda de unidad por parte de las fuerzas cristianas nunca debería tener la pretensión de convertirse en un fin en sí misma."⁶⁹

Conclusión

La teología y el estilo misionero de Mackay son un legado que tiene pertinencia sin igual en la situación contemporánea. Su crítica del cristianismo nominal, y su insistente llamado a la conversión y a seguir a Jesucristo *en el camino* señalan lógicamente al tipo de evangelización integral del cual nace una fe que tiene poder para transformar la sociedad. Su sentido de la historia informado por categorías bíblicas le dio una visión clara e inteligente del poder demoníaco de algunos aspectos de la ideología marxista, que conducían a regímenes totalitarios. Esto constituye un correctivo válido para la aceptación ingenua de la lectura marxista de la historia que caracteriza a ciertas teologías de la liberación. Ello resulta especialmente pertinente hoy en día frente al colapso de la teoría y la práctica marxista en Europa. Pero es igualmente pertinente la insistencia de Mackay en la demanda bíblica y la validez moral de la lucha por la justicia. Su epistemo-logía, arraigada en los énfasis bíblico y reformado de la obediencia a la verdad, coincidiría con la insistencia contemporánea sobre la "praxis". Sin embargo, él mismo preferiría el término "obediencia", no como iniciativa o hazaña humana, sino como respuesta a la iniciativa de Dios en Jesucristo. La manera en que Mackay leía la herencia protestante tiene mucho que decir a la Norteamérica actual, en vista del estado de ánimo derrotista que parece subyacer a la falta de presencia y mensaje de los protestantes en los grandes debates de la vida nacional. Sus críticas son también muy apropiadas frente al ecumenismo decadente que ha perdido sentido de misión en los Estados Unidos. Las profundas raíces teológicas de la misología de Mackay, aparejadas con el fuego de su celo evangélico, podrían ser uno de los correctivos necesarios para la superficialidad teológica de las tendencias gerenciales que están corrompiendo la empresa misionera evangélica hoy en día. En uno de sus últimos escritos él decía que:

la necesidad suprema de la Iglesia en nuestro tiempo es la de hombres y mujeres nuevos, personas entregadas a Jesucristo y a los valores eternos de la fe de la Iglesia, que al mismo tiempo estén dedicados a cooperar con otros hermanos y hermanas cristianos en

el esfuerzo por demostrar la significación de esos valores para el día presente.⁷⁰

Juan A. Mackay fue una de esas personas.